

De perdidos, desaparecidos y personajes que huyen

Jesús Ayet

La estupenda antología de cuentos. *Me gusta contar*. Selección personal de relatos, de Antonio Pereira, que selecciona textos de anteriores volúmenes, algunos de los cuales aún son encontrables en librerías (como *El ingeniero Balboa y otras historias civiles*, *Los brazos de la i griega*, *El síndrome de Estocolmo*, *Cuentos para lectores cómplices*, *Picassos en el desván*, *Las ciudades de Poniente*, *Relatos sin fronteras*) y añade algunos inéditos, aparece organizada en cuatro partes. La primera de las cuales lleva por título *Mundo ni ancho ni ajeno*, parafraseando el famoso de Ciro de Alejandría. Selecciona ahí Pereira unos relatos de ambientes cosmopolitas.

Así, «El carisma», el primero de ellos, es de un ambiente caribeño (Santo Domingo) muy popular. Muestra un sentido pseudo religioso, unido a la ironía y a la sorpresa y está escrito con una sintaxis simple, con predominio de la yuxtaposición, del asíndeton, lo que le dota de un ritmo narrativo rápido, concreto, casi oral. Recurso elegante, también, de la repetición. El narrador-protagonista alcanza un arma de poder religioso y la aprovecha para la huida: es una estupenda revisión del tema o motivo de la llegada y marcha posterior del viajero desconocido, tras la cual queda su huella indeleble.

En «Truman Capote cuenta un cuento», el cruce de lo imaginario con lo real es magnífico. El retrato de Truman Capote, creíble, coherente. El narrador le cede su voz y así tenemos un ejemplo de cuento dentro del cuento hecho por el americano, estupendo «anecdotista». Paralelismo de confusiones: narrador-personaje (a la vez, narrador también) con sus respectivos mundos de sueños y recuerdos, que se entrecruzan \ contrastan. Lo soñado y lo desconocido chocan constantemente, como era de esperar, con la realidad material; el sueño quizá no es más que un vulgar telón de fondo que nuestra mente pone ahí para obligarnos a sobrevivir.

Sigue «Si me lees te leo». Se produce en él un juego interesante de intercambio de papeles gracias al cual el narrador desarrolla una pequeña intriga que termina en venganza y en absurdo. Humor e ironía de las situaciones y del diálogo (hasta ahora, por cierto, poco frecuente): culturalismo «cínico», criticado e incluso ridiculizado. Lo mismo que en «El síndrome de Estocolmo» (dedicado a Ricardo Gullón): un relato pseudo autobiográfico sobre el desconocimiento de aquellos con quienes convivimos: nuestra propia pareja, por ejemplo, con la que compartiremos todo, guarda siempre sorpresas, como la vida, y ello posibilita el enamoramiento; sólo así la vida puede continuar.

¿Guardamos nosotros mismos, sin saberlo idénticas posibilidades, parecidas ocultaciones, sorpresivas manifestaciones, insospechadas, de nuestra personalidad? El tema subyacente es el de la fuerza de voluntad, la necesidad del esfuerzo personal para seguir adelante, pero ello visto con cierto desenfado irónico, con la distancia de los años, con la envidiable madurez.

Lugares que han parecido hasta ahora: Santo Domingo, Moscú, Nueva Orleans, Buenos Aires y Puerto Rico; y ahora, Nepal, en «Los brazos de la griega»; cómo hasta en los lugares más lejanos y exóticos nos acompañan los recuerdos más antiguos, o sea, cómo hasta en la lejanía más desconocida podemos reencontrarnos con nosotros mismos porque cualquier elemento de dicha lejanía, de dicho lugar desconocido, nos puede resultar de lo más familiar. En lo lejano, en lo extraño, nos encontramos fácilmente con nuestra infancia, nos re-encontramos y nos reconocemos, en definitiva: un personaje, con su rostro o manera de moverse; un color, una cierra actitud, o una simple tonalidad de atardecer, evocan el pasado que nos constituye y nos hace ser lo que somos.

A veces hay que viajar muy lejos (muy lejos, siendo siempre en este mundo) para que el reencuentro se produzca; a veces, para comprobar, indulgentes, que todo lo nuestro está al lado mismo, lo más seguro en quien nos acompaña, en nuestra propia sombra (o «costumbre» unamuniana), tal vez. Por cierto, la infancia (¿la inocencia?) no perdona nunca la injusticia de la muerte, su profunda contradicción, nos parece recordar Pereira. Extraordinario cuento éste (pp. 37-41).

Con «El ingeniero Démencour» continúan los lugares exóticos, ahora con la acción situada en Tánger, y otras ciudades moras. La «aventura» amorosa se cuenta al lector, al amigo, al cómplice, y se reserva para el final el último claro, la sorpresa. Se transmiten bien, con discreción y elegancia, las emociones, las dudas y los deseos (¿y si todo aquello que nos ocurre, que nos rodea, que nos hace sentir y pensar, e incluso desearlo, no fuera más que una mera suposición?).

El uso de la ironía es constante. Se maneja muy inteligentemente todo tipo de ingredientes narrativos: el viaje, el recorrido, las llegadas, los hoteles internacionales, breves diálogos e intervenciones que rompen la posible monotonía de la voz narrativa, etc. El léxico es riquísimo y se hace, también, internacional.

Siguen «Teoría y práctica de las islas» (sobre un poeta de Palencia en Puerto Rico), «Palabras, palabras para una rusa» (amores imposibles entre «forasteras»), «Así empezó Lourido» (tertulianos en Río de Janeiro); la cortísima «Una novela brasileña» (p. 67), «Poeta en el Sheraton», la «Aventura de un fabricante de Madreñas» en la fonda Flora de una capital europea; «Los ojos luminosos», en Brasil;

«Las cordobesas sueñan con el Danubio» (sobre el atractivo de lo desconocido y «del» desconocido), «Visita impía del Gulbenkian»; y, sobre todo, «El caso Tiroleone».

En éste el empleo del contraste entre el lugar y la anécdota lleva a la comicidad, pero con un cierto sabor a preocupación, si no metafísica, sí «física»: la ironía prevalece sobre cualquier otra intención crítica, y la risa acompaña por parte del narrador, condicionando quizá con demasiada hondura la interpretación del lector, para el cual queda, no obstante, la relectura como medio de captar el detalle desapercibido y comprobar cómo en realidad todo encaja perfectamente, todo alcanza su interpretación, su porqué, quizá como en la vida: su apariencia absurda e ilógica, por tanto, no es más que ligera falta de atención, despreocupación superficial ante lo que ocurre.

¿Es el papel del narrador, del «cuentista», hacernos ver mejor, comprender mejor lo que nos ocurre a nosotros y a quienes nos rodean? La narrativa de este amor, de Antonio Pereira, está claramente en esta línea, a la que se añade un aire de «divertimento», algo más que risueño.

En «Charly» volvemos al contraste extraordinario entre lo que se cuenta (en especial, el diálogo de insultos entre el pequeño de cinco años y el «anciano») y lo que se deja de contar, que es la anécdota fundamental: la seducción, por parte del viejo vecino, de la mamá, estupenda (toda una señora), del niño. Hay aquí una necesaria mayor presencia del diálogo (un mero insulto cómico tras otro) y destacan, también, las pinceladas del retrato «intuitivo»; que va del aspecto físico al estado de ánimo (p. 98, por ejemplo).

En «El otro y yo» el tema es el del humor basado en el encuentro casual, en el desconocimiento por parte de algunos y en la «complicidad» por parte de otros; también, por la «invasión» de la privacidad, quizá con el deseo de demostrarnos algo ya sabido: que todos, en el fondo, somos muy parecidos, casi iguales, en una gran cantidad de aspectos que nos configuran como seres humanos (y no sólo los aspectos físicos y costumbres cotidianas), aunque a pesar de ello nos resulte fundamental el mantenernos en cierto aislamiento. La soledad, pues, es necesaria. Y si no es así, la única posibilidad de salvamento es la huida, es poner tierra por medio, buscar y proporcionarnos otro ámbito de ser, de configurarnos, de sentirnos a gusto con nosotros mismos; sólo así podremos seguir adelante. Tal es la lección estético-moral de este gran Antonio Pereira.

Su cosmopolitismo (europeísmo) en la concepción de ambientes y personajes, en un mundo de relaciones culto, universitario, humanístico, es rasgo, pues,

Llamativo y típico del autor, que tan elegantemente sortea el peligro del provincianismo anecdótico; difícil equilibrio muy bien mantenido.

Y esta concepción «espacial» de la antología de relatos preparada por el propio autor lleva a colocar a continuación los cuentos que suceden en el noroeste, en el León originario de Pereira («Historias del noroeste», con el genial «Las peras de Dios», pp. 119-122, por ejemplo); a continuación los «Cuentos de Madrid», con, también por ejemplo, «Dalmira y los monjes», pp. 209-213; y, por fin, un último grupo recogido bajo el sintomático título de «Antes que el tiempo muera en nuestros brazos», o antes de que nosotros pasemos a obtener el sueño eterno en los brazos del tiempo.